

## Especies (casi) extinguidas: Vitín Cortezo

Por Marcos Ordóñez

La acción, en la derruida cafetería Dorín de la calle del Príncipe, trasunto madrileño del Carnegie Deli de Broadway Danny Rose. Cuatro voces (o, para el caso, cuarenta) intercambian anécdotas legendarias de Vitín Cortezo (1908-1978), figurinista excelso de nuestro teatro, al socaire de la exposición de bocetos, trajes y (como no) figurines comisariada por Andrés Peláez y diseñada por Salva Bolta, en el Valle-Inclán. No se la pierdan, que acaba el 16 de junio: viajarán a una época en la que, a juzgar por las tallas de sus deslumbrantes atavíos, los cómicos eran más bajitos pero se agigantaban en escena (para muestra un botón recamado: la túnica de Rodero en Calígula) y soñarán con un mundo de acuarelas y gouaches que le puso los dientes largos al maestro Erté. La muestra se llama, muy propiamente, Del auto sacramental a la vida perdularia, y de ambas cosas se habla aquí, a pinceladas rápidas, como pide el aguafuerte. [...] Se decide, por unanimidad, su mejor anécdota parisina, cuando iba para pintor pero tiró más el teatro, gracias a su cofrade Cocteau y a los ballets rusos de Diaghilev y, sobre todo, a los diseños de Natalia Gontscharowa, que le redescubrieron el Mediterráneo y sus colores con mirada boyarda.



Vitín Cortezo. Foto: Manuel Martínez Muñoz (Archivo CDT).

¿Y la anécdota? Ahí va: Vitín se ha liado con un canónigo de Nôtre Dame, que es liarse a lo grande. La portera del inmueble, insólitamente salada para ser portera francesa, le inquiere:

“Où allez-vous si heureux, monsieur Cortezo?”

Alzando orgulloso el mentón (o mentoncito), Vitín responde:

“A l’église de mon homme, madame”.

Entre chinchón y combinado, se recuerda y se acuerda que en la posguerrísima Vitín lo tenía muy crudo, por locaza descarada y por rogelio no menos señalado, pues no en vano debutó escénicamente en el 37 poniéndole vida y color, como los cromos, a la Mariana Pineda montada por Altolaguirre en el II Congreso de Escritores Antifascistas, en Valencia. Pasa de mano en mano, como talismán recordatorio, la hermosa foto de Walter Reuter que exhumó Andrés Trapiello (y sobre la que escribió un no menos hermoso texto), evocadora de aquellos días felices, pese a la guerra omnipresente. De izquierda a derecha, Vitín, Carmen García Lasgoity, Luis Cernuda, Blanca Pelegrín, Manuel Altolaguirre y Carmen García Antón. O sea: Vitín y Cernuda, que era su gran amigo de entonces, más las tres actrices que encabezaban el reparto, y su director.

Pero siempre tuvo Vitín protección y abrigo, como cantaba la Pradera en Flor de Azalea. [...]

Familia aparte, antes de la guerra le amparó en París Bob Gesinus, discípulo de Kokoschka. Añade el cuarto: y de vuelta a Madrid, siempre, don Luis. (Aquí hay que aclarar que cuando se habla de cine, “don Luis” es Buñuel, pero en teatro es siempre Luis Escobar. Del mismo modo que en ese negociado “José Luis” es el no menos fundamental director José Luis Alonso. Dicho queda).

Así que Don Luis se quedó prendado de Vitín cuando vio aquellos dibujos suyos tan modernos, tan europeos y tan alados, y le abrió las puertas del María Guerrero.



Boceto de Vitín Cortezo de *Los Fantásticos*. (Archivo Ángel Fernández Montesinos).

Y se entendieron de fábula, porque lo primero que hacen juntos es el Baltasar operetesco, con un par. Bueno, con dos pares.

Entra, pues, en los Teatros Nacionales y ya prácticamente no sale de ese circuito, que era el más seguro y el más fino: participó en más de 170 montajes, la mayoría, coinciden las voces, con don Luis, con José Luis y con don Pepe.

(Se me olvidaba: don Pepe – o Pepe, según la proximidad – era Tamayo).

Ah, pero sus mejores números se los montó siempre a José Luis, porque le encantaba ver la cara de horror (horror blanco, absoluto) que se le ponía.

Y porque con don Luis no se atrevía, y a Pepe (o don Pepe) le daba igual ocho que ochenta mientras le entregara los figurines a tiempo.

Anécdota Dos, también por aclamación. Pase para censura de *La loca de Chaillot*. José Luis, que sabe lo mucho que le va a Vitín el peligro, le ruega que no aparezca por el María Guerrero hasta que los cuervos ahuequen. Vitín pone cara de niño bueno y José Luis se lo cree porque se lo quiere creer. Y cuando los cuervos ya están a punto de levantar el vuelo, se escucha una voz aflautada (y calamocana) abriéndose paso por el patio de butacas. Una voz que, para síncope de José Luis, proclama lo siguiente:

“¡José Luis, perdóname! ¡He sido una monja muy mala pero vuelvo al convento redimida, redimida!”.

Aquí las leyendas divergen. Para unos, Vitín compareció vestido realmente de monja. Para otros, ni en sueños: era lanzado, pero no tanto. Para la tercera facción, no dijo “monja” sino “puta”. [...]

El pajaropintismo, señala una voz cantante, también se lo aplicaba Vitín en carne propia, porque raro era raro. Como (ilustra) cuando llegó Erté a España y quiso conocerle, pero a Vitín le importó un pito. “No recibo a viejas damas”, dijo, y se quedó tan pancho.

Se le recuerda dibujando compulsivamente, dentro y fuera de escena, en las barras de los bares, en los clubes de travestis de Tirso de Molina, y regalando luego sus dibujos. (Aún así, el Museo del Teatro que dirige Andrés Peláez atesora más de mil).

Última anécdota y última época, ya en los setenta: Vitín saltando al interior de un furgón policial durante una redada de homosexuales mientras proclama “Aquí hay que darse prisa, niñas, que luego cogen los mejores sitios”.

Cae, lenta y alegremente, el telón.